

Horas de oficina:

DE ONCE A CUATRO

LOS DÍAS NO FERIADOS

Demi-Monde

Administradores:

F. BUENO Y COMPAÑIA

PONTEJOS, 10

Precio de suscripción: una peseta mensual, con derecho cada mes á un tomo de la BIBLIOTECA DEMI-MONDE



—Nena, tu boca es medida,
es una proposición;

de lo demás yo me encargo.
—Sí; se encarga usted... y yo.

(Faenas preliminares.)

—¡Ven, hijal

—¡Guardias! ¡Favor!



Ya se fueron.

Queda algún pelotón, pero el grueso del ejército ha salido de Madrid.

Han concluido los placeres de la Corte; ha terminado el sueño.

Cada Isidro ha regresado á su olivo, con algunas ilusiones más y algunos duros menos.

En Madrid es muy cara la vida, y la de Isidro aún mucho más cara.

Nos hemos quedado solos los indígenas.

En cambio, afluyen á París, en estos días, según cuentan, sinnúmero de extranjeros y de extranjeras.

¡Qué felices son los chinos de luces, ó, dicho vulgarmente, toreros! Las princesas más aplaudidas, las duquesas más dificultosas, las tier-nas hijas de familias ininteligibles, se enamoran de ellos.

Seres privilegiados por la naturaleza, al parecer, van á enseñorearse de París, como quien dice.

Una actriz francesa ha protestado contra la fiesta de toros.

¡Mujer sensible! ¡Alma cándida!

No puede ocultar sus simpatías hacia los cornudos.

Hay mujeres á quienes interesan los desgraciados cornúpetos más que sus propios consortes.

Una dama, muy conocida en Madrid por su ingenio y por su alcurnia, me decía:

—He pensado en fundar una Asociación de cabritos: tengo ya extendidos títulos de socio de mérito para varios caballeros. Habrá también socios de número y correspondientes, en diversas provincias: uno de los títulos es para nuestro representante en...

Y luego continuaba:

—¡El cabrito es un animal tan simple, tan candoroso!... Causarle mal, es una infamia. Yo los he mimado siempre hasta que llegaba la hora de sacrificarlos.

Hay quien forma ganadería.

El espectáculo taurino en París ha de ser motivo para la formación de algunas.

Según opina una joven torera, estamos expuestos á que no quede en Madrid suficiente número para el consumo.

¡Qué días tan tristes vamos á pasar en este valle de lágrimas!

Sin sesiones de Cortes, sin juicio original, sin un toro en esas calles, tan embellecidas por ellos en tiempos normales.

Una capital á gusto del maestro Ferreras.

¡Lo que habrá perdido París en la consideración del maestro!

¡Un país que se prostituye hasta el extremo de dejarse los cuernos, como algunos señores se dejan la barba!

Es decir, entrar en el camino de perdición, admitiendo ese espectáculo, causa de todas las desdichas de España, según el mencionado autor.

Porque indudablemente dejará semilla el espectáculo.

Sinnúmero de franceses y de francesas aprenderán hasta los voquibles de nuestra gente de pelo trenzado.

Tendrá que oír algún hombre notable de aquel país, gritar:

—¡Olé, tu mamá!

¿Y la francesa que resulte aficionada y se eche á *Fragosa*, supongamos?

De resultas se pondrán en moda los nombres de *don Lagartijo*, *don Frascuelo*, *don Cara*, *monseñor Machío*, y *Le père Gordo*.

Y habrá operetas cómicas con motivo de la tauromaquia, y tituladas, por ejemplo: *Jitaneau*, imitando el *Caramelo* de Javier Burgos, *La Puntita*, y otros alusivos ó abusivos.

Esto, si no hay un motín el primer día de corrida y se acaba la diversión y salen las mulas.

—Yo estoy mosqueado, me decía un diestro, porque como esa Sociedad de ellos tiene tanta influencia y paese que es de la familia de los animale y de los pimientos y too...

E.



—¡Socorro, favor!

—Mariana,

no grites; soy el vecino, que he entrado por la ventana, porque es más corto el camino.

—¡Qué atrevido, qué grosero!

—Mujer, no hables de ese modo.

¿Ves? Ya he tirado un florero y lo he derramado todo.



EL PRADO EN VERANO

ENEMOS ya encima el calor.

Se acercan esas noches deliciosas en las que la atmósfera al aire libre se asemeja mucho á la de un café con cante y gotas.

El Prado ya no es ni sombra de lo que fué en aquellos tiempos clásicos de manolera.

Ahora se reúnen allí la viuda de nacimiento, la huérfana absoluta, la esposa relativa y los pollos de ambos sexos; éstos son los dueños del Prado. En el fondo blanquecino de aquella atmósfera, destaca con vivísimos colores ese plantel de flores, futuras duquesas, venideros generales y concejales del mañana.

Ellas fingen que los temen, y ellos simulan que las persiguen á muerte; pero se contentan con infundirlas miedo.

¡Pobrecitas! Creedme, he sido pollo, aunque ya hace bastante tiempo, y sé que cuando debéis huir de nosotros es en esta segunda etapa de la vida.

Cuando queremos asustaros, somos inocentes; cuando buscamos vuestro cariño y os perseguimos con ensañamiento meloso y tierno, es cuando atentamos á vuestra felicidad.

Os acechamos, digo, os acechan, como el cazador *jaulero* acecha á la perdiz, valiéndose del miserable espía á quien denominan *reclamo*.

Vosotras, tan listas, tan alegres, tan juguetonas, acudís al reclamo con inocencia, y no faltan amarguras en las batidas de amor.

No he sido doncella, á Dios gracias; pero imagino los dolores que ha de causar un ingrato en los corazones sensibles.

¡Pobrecillos! Ellos las miran como las más hermosas joyas que embellecen el universo, vistas desde los catorce á los dieciocho años.

Pensar que en ese bazar de jóvenes se ocultan los gérmenes de una civilización nueva, desconocida para nosotros, zánganos de la colmena humana! ¡Tal vez ellos lograrán encontrar la cuadratura del círculo!

Ustedes perdonen estas filosofías; les suplico que perdonen mis muchas faltas, y crean firmemente que no me duele otra cosa tanto como el no poder retrogradar á la edad del pollo, con la experiencia que me han hecho adquirir mis contemporáneas.—K.

EN EL REAL (1)



EXACTO como un cronómetro acudió el Barón á la cita tácita que le habían dado sus amigas para el Real.

Después de los saludos de cajón, y aprovechando un momento en que Mercedes estaba distraída, el Barón dijo á la Marquesa:

—Ya habrá usted supuesto cuán interesado, he dicho mal, enamorado estoy de su amiga; supongo que recomendará usted mi pleito.

—Su pleito no necesita recomendación. Ella encuentra á usted sumamente agradable. Solamente le prevengo que es una mujer esclava de sus deberes.

—¡Bah! Un encanto más.

—Quiere mucho á su marido.

—No importa, replicó con cierta fatuidad el Barón.

En aquel momento entró en el palco un joven de arrogante figura y vestido de una manera irreprochable.

Saludó cortésmente á las señoras, y de una manera familiar al Barón, lo cual suponía estrecha amistad entre ellos.

Luisa dijo á Mercedes:

—Te presento á D. Pablo Bustillo, mi abogado consultor y apoderado.

Mercedes fijó su mirada primero en el joven, y después en Luisa, concluyendo por hacerse mentalmente esta pregunta: «¿Será éste el barbudo mortal á quien Luisa permite la entrada en su paraíso?»

Colocado Pablo al lado de la Marquesa, sostenía con ella un animado diálogo, mientras que el Barón, al lado de Mercedes, la encantaba con su locuacidad, pintándola con los más vivos colores la pasión que había sabido inspirarle.

De pronto la Marquesa, reparando en una mujer que se hallaba en uno de los palcos de enfrente, y que miraba con insistencia al palco de ellas, dijo á Mercedes, aproximándose á su oído:

—Mira esa mujer. Se me figura...

Pero Mercedes, que también había reparado en lo mismo, poniéndose intensamente pálida, exclamó con la vehemencia mal comprimida que producen los celos:

—¡Eh! ¡Qué fea está! ¡Qué mal vestida!

—¿Hubieras preferido que estuviera muy hermosa?

(1) Del tomo LIX de la Biblioteca DEMI-MONDE, que acaba de publicarse, con el título de *Conde de Cabra*.

—Al menos tendrían más disculpa las infidelidades de mi esposo. Este incidente no pasó inadvertido para el Barón, que desde aquel momento se propuso sacar partido de él, en provecho propio. Terminada la función, los dos galanes acompañaron hasta el coche á las damas. En el momento de despedirse, dijo la Marquesa, dirigiéndose á ellos.

—Si mañana quieren ustedes honrar mi modesta mesa, ya saben que les esperemos á las ocho. Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana, contestaron ellos.

Una vez solas en el coche las dos mujeres, Luisa pudo observar que la mirada de Mercedes reflejaba gran satisfacción.

—¿Qué te sucede? le preguntó. ¿Estás satisfecha de los galanteos del Barón?

—No tanto como tú debes estarlo de los de tu abogado consultor, contestó Mercedes con ironía.

—Tal vez tengas razón; pero esto debe suceder, no porque Pablo sea más galante, sino porque yo sea menos exigente.

Poco después el carruaje penetraba en el portal de la casa de Luisa, y las dos amigas, como dos preciosas ninfas, se perdieron por la amplia escalera.

CONVERSACIÓN

Entre unos jóvenes chulos y unas muchachas del arte, en un hotel de las Ventas, al vino, y al sol, y al aire:

—¿Tú sabes por qué la pego?

—¡Hombre!

—Si tú no lo sabes:

figúrate que me dijo, estando yo con el Cante:

«Ni tiene usted ropa negra ni va usted á ninguna parte.» Esto, como tú comprendes, es para quemar la sangre, no digo yo á cuasiquiera, sino al hombre de *carácter*.

—Me parece; pero, mira, son desavíos sociales. Está el mundo así montado, y el hombre que tiene un fraque y una taleguilla negra, puede entrar hasta...

—En la cárcel.

—En Madrid hay mucho *pinta*

El ventero.—No alabarse, que se *prencipia* por poco y se va... donde Dios sabe.

—¿Y con éste? Es un amigo de los pocos *acetables*.

—Lo mismo digo.

Una joven

señorita trashumante:

—¡Vaya un par para gemelos!

—Nicolasa, que te *cayes*.

—¡Pero, hombre, si estáis hablando no más que por no *cayarse*!

¿Por quien te falté la noche que quisiste afeitarme?

—Que te *cayes*, Nicolasa.

—No, déjala que despache.

—Es que va á *fartar*.

—Por ése,

por tu amigote y compadre, que él me llevó de *juerga* porque toró esa tarde, y quiso el hombre lucirse por la noche, convidándome.

—¿Por éste?

—Por ese mismo.

—¡Gacholil...

—No, no le mates.

—¡Enredadora, embustera!

—Mira, *Piti*, no la *fartes*, porque eso no lo consiento.

—Y á mí, ¿qué?

Chula segunda:

—Merecías así, un cate... porque tienes más lengua...

—Déjame á mí.

—Pues, ya sabes;

sal fuera y... volveremos, porque quiero convidarte.

—¿Qué has de convidar, *boceras*?

—¡Ea! todos á la *caye*, que en mi casa no ha nacido quien venga á perjudicarme; ó *sus* doy dos estacazos que salís de aquí *pa* el catre.

—¡Pero, hombre, que *haiga* mujeres tan sin vergüenza y tan... frágiles!

E.



UNA SILUETA

¿Que si es bonita?

Es una preciosidad artística

¿Que si es elegante?

Por naturaleza.

¿Que si es discreta?

Bien pueden envidiarla algunas damas aristocráticas.

Ella, también es aristócrata, pero de la hermosa.

Por si algo pudiera faltarla, posee tan exquisita ternura, tal delicadeza de sentimientos, que cautiva.

¿De dónde procede?

De la calle, ¿qué sé yo? De la masa, de la humilde clase de vendedoras de flores, ó de periódicos, ó de décimos de la lotería nacional...; en fin, de la venta pública.

Ha vivido de noche y en teatros y en bailes, y en los paseos, al alcance de todas las miradas y de todos los hombres.

Pero no se sabe que admitiera sino flores por flores, y la prudente remuneración por su oportunidad en ofrecerlas.

Los Tenorios no encontraron en ella más que sonrisas y discretísimas evasivas.

—¡Una virtud callejera! exclamaban los más cínicos.

—Es chica que no quiere venderse á precios reducidos, opinaban otros.

—Yo nada sé de ella.

—Yo tampoco he oído referir aventuras de género alegre...

Pero la constante exposición es un peligro constante.

Llegó un día un hombre, y no en lo mejor de su vida, ya entrado en años; pero rico, muy rico.

Ella se defendió, no ya con tanta valentía como en otras ocasiones.

Tasó bien su cariño, y encontró quien pasara del precio de tasación.

Un inteligente *amateur*.

Y á él se adjudicó la muchacha.

Era una virgen, un modelo artístico y un modelo de candor y de inocencia, á pesar de la libertad en que había vivido.

Así como hay cuerpos impermeables sumergidos en el agua constantemente, así en medio de la calle hay seres que no se prostituyen.

Esto parecerá novelesco y romántico, pero es verdad.

No exageremos el número de ejemplares; pero hay algunos.

*** era uno de esos ejemplares.

Su desaparición del mercado público fué muy comentada en buenos círculos, si no en círculos de bien.

Se ignoraba su paradero.

—¿Estará enferma?

—¿Se la habrá llevado algún inglés de dinero?

—¿Habrá abandonado su carrera para abrazar otra profesión más tranquila y oscura?

¡Por fin pareció, ó reapareció!

Pero desconocida.

Su buena y cariñosa madre la había aconsejado siempre, desde la primera edad, que se dedicase á los negocios mercantiles.

La chica cedió por fin, y se entregó al negocio; pero á un buen negocio.

Cuando volvió á presentarse en escena interpretaba otro papel del repertorio.

Era una dama de las más aristocráticas.

¡Qué lujo! ¡Qué gusto tan exquisito en sus trenes y en sus trajes!

Hasta estrenó madre, podía decirse.

La *señá* Micaela parecía, con su sombrero y su abrigo con pieles y demás aparato que exigía el argumento, no la viuda civil y militar de Juanillo, el ex carretero de la calle de San Dámaso, sino una princesa viuda de príncipe ruso.

Si acaso, en lo que variaba era en el habla.

«Necesitaba» algunos cursos de gramática, y era ya vieja para pasada por «la idioma.»

En cambio, la chica parecía que estaba en su elemento.

Era una aristócrata auténtica.

¡Qué maneras! ¡Qué distinción!

Así estaba el empresario de orgulloso; el sultán, el comprador.

Le felicitaban los amigos, y le envidiaban no pocos.

Aquel ángel era caro, pero lo merecía.

Y moralmente, también.

Como que... aparte de lo que se contaba del lacayo, y de lo del capitán, y de algún tropiezo con un chico del Veloz, amigo de la víctima... no se decía más.

Después... después... continuó tan bonita, y aún más bonita que en otro tiempo.

Pero mucho más... juguetona.

P.

BURLA BURLANDO

—He estado muy malita.

—¿Y qué has tenido?

—Pues no lo sé siquiera.

—¡Pobrecita!

Yo sí lo sé; por eso preguntaba que si habías tenido chico ó chica.

—o—



Una linda mujer presentó de viva voz una petición á un ministro.
—¡Pero, señora! exclamó el poderoso: esto debe presentarse escrito en papel sellado.

—¡Ah!

—Es necesario presentármelo bajo una forma cualquiera.

—Yo creía que con las mías era suficiente.

—o—

Llevaba el niño de Pita para un peligroso juego, dos banderillas de fuego, que le regaló Guerrita.

Saludando á la mamá se las pedí, y se negó, respondiéndome: —¡No, no, que son para mi papá!

—o—

Uno.—Compro y vendo.

Otro.—Doy y tomo.

Otro.—Billetes de ida y vuelta.

Un forastero.—¡Caracoles, que había creído otra cosa!

Su pariente.—¡Ya, ya, aquí hay que andar siempre con el ojo abierto, por si acaso!

El.—Sí, que hay gente para todo.

—o—

—No tengo miedo á los hombres, y los ratones me asustan.

—¿Pues por qué?

—Porque se meten por el ojo de una aguja.

—¡Ay! ¿Sabes lo que te digo,

Ramona? Que no presumas.

—¿Yo? ¿De qué?

—Porque parece, que no los has visto nunca.

—o—

—¿Por qué no te declaras á la Duquesa?

—Por no indisponerme con su perro.

—o—

—Papá, para un compromiso, dame diez duros.

—¡Canario!

¡Compromiso de diez duros!

Hijo, los hay más baratos.

—o—

—A mí me pasa Ricardo tres pesetas cuando estoy sin contrata. ¿Y á ti Raimundo?

—Me pasa algunos amores accidentales.

—o—

Alrededor del tapete verde, en el Círculo republicano.

El banquero.—¡Juego!

El punto.—Retiro mis cinco duros.

El banquero.—¡Pero, señor mío, si no ha puesto usted nada!

El punto.—¿No? Entonces, retiro... lo que he dicho.

—o—

El avisador de un teatro, citando para ensayos del día siguiente:

—A las diez, las partes: á las once, el cuerpo de coros.

Una chica:

—¡Cómo abusan de nosotras!

—o—

—Me aseguran que está Blanca en amores con un negro.

—Ella va buscando siempre...

—Sí: ¿contrastos?

—No: dinero.

—o—

Un aviso útil de *La Correspondencia*:

«23. Mañana, en el expreso del Norte, sale el buey de mi 40. Te espero á la noche. Tu 21.»

—o—

De calumnia demandó un individuo ante el juez á otro hombre, porque soez de carnero le trató.

Y el demandado, sincero, declaró que no era extraño que le llamara carnero, porque hace ya más de un año que le oye llamar Cordero.

—o—

En la tornaboda:

—¡Pobre hija mía! ¿Qué tal has pasado la noche?

—Me puse mal.

—¡Pobrecita!

—Por fortuna fué pasando.

—¿Y estás bien ahora?

—Sí; á amanecer había pasado del todo.

—o—

Seis cosas ha de tener quien dichoso quiera ser: leña vieja que quemar, vino viejo que beber, libro viejo en que estudiar, hembra joven que querer, potro joven que montar, y lo mejor, á mi ver, joven ó vieja, á escoger, la plata que ha de gastar.

E. RUBIÑOS. IMPRESOR. MADRID.



—Nada, que ni está en butaca, ni en el palco del Veloz: si esta noche me da mico, le doy el gran sofocón.

Tomos publicados.

- I. Il far niente.
- II. La Colegiala.
- III. En la misma tronera.
- IV. A salto de mata.
- V. Por un lunar.
- VI. Las niñas frágiles.
- VII. ¡No abuse usted!
- VIII. Reservado de señoras.
- IX. Un cuarteto peligroso.
- X. Los tres besos.
- XI. Pensión française.
- XII. ¡No me toque usted!
- XIII. Estaba escrito.
- XIV. Una señorita del coro.
- XV. Cuando ellas quieren...
- XVI. Cinco minutos en globo.
- XVII. Amor sáfico.
- XVIII. Errar el golpe.
- XIX. Las tres píldoras.
- XX. El forasterito.
- XXI. ¡Ponte la peluca!
- XXII. Amor libre.
- XXIII. La cortesana de Smirna.
- XXIV. El polvo del camino.
- XXV. Las gemelas.
- XXVI. Entre dos fuegos.
- XXVII. La niña rubia.
- XXVIII. Entremeses.
- XXIX. Dos enteros y un quebrado.
- XXX. El mono sabio.



BIBLIOTECA

Demi-Monde

Acaba de publicarse el tomo 59, titulado

Conde de Cabra.

Tomos publicados.

- XXXI. El hijo del destino.
- XXXII. La tuna.
- XXXIII. La reina de las peras.
- XXXIV. La vaina del espadín.
- XXXV. Tres eran tres...
- XXXVI. La Giralda.
- XXXVII. Foblás II.
- XXXVIII. El instrumento.
- XXXIX. Un conejo para dos.
- XL. Las de Garabatillo.
- XLI. Virgo y Capricornio.
- XLII. Consuelos conyugales.
- XLIII. Los polvos de Quiroga.
- XLIV. Las cantonales.
- XLV. Dos primos.
- XLVI. Refugio de pecadores.
- XLVII. La primera fresa.
- XLVIII. La noche de novios.
- XLIX. Figuritas de barro.
- L. Entrar con todas.
- LI. Los caprichos de Conchita.
- LII. Las medias rojas.
- LIII. ¡Usted no es hombre!
- LIV. Carambola conyugal.
- LV. Memorias de un cochero.
- LVI. Cornelio.
- LVII. Carne morena.
- LVIII. Carne blanca.
- LIX. Conde de Cabra.